

—Conforme — Por último quisiera
mos preguntarle cómo se forma un
planificador, cualquiera que sea su
especialidad primitiva.



—En general, la mejor escuela es la experiencia en la planificación. Por ejemplo, el equipo de París no sólo cumple su papel en el trabajo del Planeamiento Urbano de la Región parisien, sino que se ha transformado en una escuela de formación de cuadros dirigentes para otras regiones.

En cuanto a una especialización universitaria hay dos posibilidades. La primera comporta una prolongación de los propios estudios, Geografía, Sociología, Economía, Urbanismo— profundizando en los problemas propios de la planificación. Es el caso de algunos países socialistas y Francia. La segunda modalidad es la creación de una escuela que prepare específicamente planificadores. Este caso es similar al de la experiencia práctica: se produce un grado tal de integración que los especialistas pierden su formación primitiva, se igualan en sus conocimientos y en su aporte. Ya no hay aporte especializado personal sino suma de conocimientos prácticos, iguales para todos, puestos al servicio de la solución de problemas específicos. Este es un fenómeno normal, aunque quizás no deseable, que afecta a todos los planificadores. Lo justo es que cada uno sea siempre capaz de profundizar sus conocimientos específicos, investigar en su propio campo, usando ojalá las técnicas y métodos modernos, para permitirle la entrega de conocimientos precisos, valiosos para la configuración exacta de los problemas, sus análisis consecuentes y las decisiones finales que se tomen.

La mejor escuela es la experiencia en la planificación.

campo de acción y responsabilidad del urbanismo

El urbanismo se ha mantenido como una prolongación de la arquitectura en la medida que los problemas de la construcción no superaban el volumen de un "conjunto arquitectónico", una plaza, un muelle, una explanada.

Se trataba de responder a un deseo de prestigio de un gobierno, un soberano o de una gran burguesía urbana. El problema a resolver era exclusivamente un problema de estética, se tratase ya de la plaza de San Marcos, del Schöenbrunn o de la plaza Stanislas de Nancy, del paseo de Peyrou en Montpellier o de los Quinconces de Burdeos.

Los primeros planos a escala de una ciudad datan del siglo XIX en Roma, o en París con la administración del Barón Haussman. Pero son todavía los hechos del príncipe, se trata de abrir caminos nuevos a las fuerzas del orden al mismo tiempo que ordenar de mejor manera el espacio urbano. El gobierno se encarga de la expulsión de las poblaciones comprometidas por los trabajos de las aperturas nuevas y el urbanista no tiene sino que dibujar y construir una vez que ha recibido la aprobación del cliente, no se le pide plantearse y menos aún plantear otros problemas.

Al final del siglo y a comienzos del XX el urbanismo sufre un eclipse. Parece desaparecer. La construcción no obedece más a ninguna ley ni a ningún principio, es una especulación como las otras. El poder público desaparece frente al interés privado, en nombre de la libertad de empresa. Nadie se preocupa del conjunto ni de la coordinación, se construye sin ninguna restricción, sin preocupaciones organizativas. El arquitecto concentra sus esfuerzos y su talento en la realización de edificios, la ciudad crece al azar. La administración se ocupa a lo sumo de organizar, después de hechos, los servicios públicos indispensables. El sector privado especula y realiza sus beneficios, los poderes públicos pagan los gastos y los recuperan por impuestos.

Desde el fin de la primera guerra mundial comienzan a expresarse inquietudes frente al crecimiento desordenado y costoso de las ciudades europeas y americanas. Se habla de planes y se aventura a expresar la idea de que las ciudades deben ser hechas para los hombres que las habitan. El urbanismo renace de sus cenizas. Experimentará, junto con el pú-

blico, el vigor del pensamiento de algunos de sus representantes, cuyo pensamiento perspectivo se proyecta bien lejos hacia adelante respecto de las imágenes clásicas: tal el caso de Le Corbusier. Sucede pues que un nuevo período se abre y que va a ver desarrollarse el llamado a los planes de urbanismo a una escala absolutamente nueva y con un espíritu totalmente distinto a aquel que había primado en la realización de las obras majestuosas de los siglos XVII y XVIII. Queda entendido desde entonces que el urbanismo no es más solamente obra plástica, sino investigación social. Es la ciencia de la **ecología del hombre moderno** llamado a vivir en colectividades densas de varias centenas de miles o de varios millones de seres. Comprende el conocimiento de las estructuras económicas y sociales de las formas de la vida cotidiana, de la repartición de los tiempos de la vida entre actividades diferentes, y cada una con un espacio que le es propio, de la reacción de los individuos y de los grupos respecto de las condiciones que se les impone. El hombre de la calle no se equivoca cuando desea los peores castigos para los urbanistas a quienes hace responsables de las dificultades o de las incoherencias de su vida cotidiana.

SI HAY UN URBANISMO, NO HAY LUGAR PARA UNA PROFESION DE URBANISTA.

Urbanista, urbanismo ¿Cuál es hoy pues el sentido de esas palabras? Es más fácil definir el segundo que el primero. El urbanismo es la ciencia del espacio habitado, comporta una fase analítica y una fase normativa, una fase de estudio y una fase de decisión. La primera es sociológica, económica, demográfica, histórica, geográfica; la segunda es de nuevo económica, técnica, plástica y estética.

El urbanismo es una comprensión global del espacio habitado, en sus tres dimensiones.

No puede ser de otra manera ya que la existencia de las colectividades humanas, al servicio de las cuales se dirige, es en sí misma global. El individuo, el grupo, la familia experimentan a la vez la intemperie, el ruido de sus alojamientos, los inconvenientes de las esperas de los transportes co-

ectivos, la preocupación de la inseguridad de la circulación de los escolares, la fealdad o la indiferencia de los marcos de su vida, la inquietud respecto de las desigualdades sociales, las dificultades en las posibilidades de acceder a habitaciones en las cuales poder disfrutar del confort. El urbanismo debe conocer todo y debe prever todo. Al mismo tiempo, y en otro nivel, debe responder a otros problemas planteados en términos precisos: los términos financieros; encontrar las mejores soluciones técnicas, tener en cuenta las condiciones de organización y de ejecución, que son del campo de la ingeniería o más exactamente de las técnicas múltiples de los ingenieros, de los materiales de construcción, de las obras de arte, de los transportes, etc.

Queda claro que en estas condiciones si hay un urbanismo no hay lugar para una profesión de urbanista. El urbanismo es trabajo de equipo, su lenguaje es sin duda un lenguaje figurativo y no hay pues que extrañarse que a este respecto aquellos que fueron los primeros en comprometer el diálogo fueron los más habituados a expresarse en términos figurativos: los arquitectos, los ingenieros y los geógrafos.

Pero no podrían ser los únicos en participar en las tentativas de investigación y de puesta a punto de las decisiones que, una vez aprobadas y financiadas por los encargados de la obra, pasan a manos de los arquitectos y de los ingenieros. Todos aquellos que tienen por tarea diagnosticar el estado y las aspiraciones de las colectividades están llamados a la elaboración de los planes, los economistas, ya que todo es en la partida y en la llegada cuestión económica, los sociólogos, los historiadores, los demógrafos, los psicólogos, y los higienistas de la medicina social. El verdadero problema es aquel de la organización del trabajo en equipo.

PAUTAS PARA UN TRABAJO INTERDISCIPLINARIO.

Supone una preparación previa para estudios con un mismo objetivo aún conservándose de naturaleza distinta y allí está el rol fundamental de los institutos de urbanismo: aprender a trabajar sobre los problemas del conocimiento de las ciudades y del desarrollo urbano por parte de personas que hasta ese momento habían adquirido técnicas de análisis y de razonamiento propias a ciertas sistemáticas: económicas, históricas, sociológicas, geográficas, médicas o estadísticas.

En cada disciplina autónoma es necesario separar aquello que concierne particularmente a las ciudades: la historia o la geografía urbana, la sociología de la vida cotidiana de los ciudadanos, la medicina de los grupos, etc., establecer las relaciones entre los hechos urbanos que son de competencia de cada una de estas disciplinas con aquellos que son de la competencia de otras, sus correlaciones, incluso sus causalidades.

Los puntos de llegada de estas confrontaciones son las determinaciones de las relaciones entre el continente y su contenido. El contenido ha contribuido a dar forma empírica al continente imponiendo a las colectividades locales y a los arquitectos algunas elecciones.

Pero el continente impone sus limitaciones a su contenido. La evolución del contenido genera tensiones en lo que respecta a las limitaciones impuestas por un molde adaptado a otro contenido y llama a la búsqueda de nuevos moldes. Esta búsqueda está limitada por una contingencia económica y financiera. En una coyuntura dada es necesario establecer desde el principio la diferencia entre lo posible y lo imposible y elegir entre las diversas formas de lo posible. Allí está la esencia misma del debate permanente de un equipo de urbanistas.

Los elementos de investigación son de dos especies: los habitantes —presentes o futuros— y el espacio. Es necesario dar simultáneamente **valor cualitativo a los habitantes** y al **espacio** y definir los sistemas de relaciones entre los habitantes y el espacio. Dar valor cualitativo a los habitantes es lo

que corresponde a diversas ciencias humanas una vez definidas las coyunturas dentro de las cuales se trata de proceder a dicha calificación: la formulación de la actividad cotidiana de los hombres en el ejercicio de todas las funciones de su vida económica, social, cultural e incluso fisiológica, localizada con precisión en la escala concreta del marco en el cual se desarrollan esas funciones.

Calificar el espacio es tarea del geógrafo, pero también del arquitecto ya que se trata de un espacio limitado aunque relativamente elástico: aquel en que se mueve el individuo. Hasta aquí nada es difícil, es solamente cuestión de aplicar las técnicas de diversas disciplinas analíticas a un objeto definido de las competencias de esas disciplinas aún cuando fueran temas particulares en el seno de sus preocupaciones habituales.

Definir el sistema de relaciones entre los habitantes y el espacio es ya una tarea más delicada. Es necesario, en efecto, hacer intervenir el factor tiempo, ya que, según los momentos del día, de la semana, del año, las relaciones con la familia y el individuo o el grupo elemental, cambian de aspecto.

El punto de partida puede ser el conocimiento del "presupuesto tiempo" de los diferentes miembros de una familia determinando la repartición del tiempo entre las ocupaciones diversas y los períodos pasivos para cada individuo según su sexo, su edad, su profesión, su nivel de ingresos, su cultura. Cada tiempo se proyecta sobre una fracción dada del espacio. Hay tiempos localizados puntualmente y tiempos que corresponden a movimiento, unos y otros se pueden cartografiar y se obtiene de esta manera una imagen original del espacio y de su ocupación a lo largo de los ciclos horarios. Conviene calificar los tiempos: los hay económicos, como sociales y fisiológicos, los hay como tiempo de trabajo, tiempo de vida de grupo o de familia, de esparcimiento y de cultura, tiempo de descanso y de recuperación del organismo e, incluso, los tiempos estériles o perniciosos como son los tiempos de desplazamiento impuestos entre los lugares de trabajo y lugares de domicilio, tiempos de espera, etc.

La organización del espacio debe tender a reducir al máximo posible los tiempos estériles o los tiempos perniciosos u organizarlos, dándoles una componente positiva: una espera puede ser cultural si está ubicada en un marco estético, un desplazamiento puede también serlo en su repetición cotidiana.

El urbanista aparece casi como un mago que modela el ámbito de la vida cotidiana organizando los conjuntos. Es evidente que a este estadio de la acción urbanística es la formulación plástica la mejor preparada para esta organización del ámbito. Pero el director de escena no hace obra exitosa si no conoce perfectamente la pieza. Su obra de imaginación y de previsión es una obra psicológica basada sobre una visión interior de la vida de sus personajes, y de un perfecto conocimiento de la acción de la obra. Es exactamente esto lo que se pide a la realización de una obra de urbanismo. Obra personal, si la hay, pero obra personal que es el punto de llegada de una elaboración colectiva paciente. Obra difícil también. El teatro, el cine, el urbanismo, conocen sus fracasos. Pero una mala pieza, un mal film, no tienen otro efecto que una mala noche.

La obra de un urbanista compromete el futuro de una generación, crea obras de arte o monstruos que se imponen durante decenios a la vista y a la vida cotidiana de millares de hombres, de mujeres, y de niños, que corre el riesgo de arruinar el gusto de vivir, o sencillamente el gusto. Debe ser un principio para los realizadores conscientes de sus responsabilidades el poder compartirlas con los otros miembros de los equipos de estudio y de puesta a punto de los programas.

Pierre George.

Buenos Aires, Junio de 1966.